

OCTUBRE 2003

Mientras Mesa hablaba con Greenlee, Sánchez de Lozada seguía aferrado al poder. Creía que las medidas que había propuesto horas atrás —referéndum consultivo sobre la política del gas, revisión de la Ley de Hidrocarburos e incorporación de la Asamblea constituyente al régimen constitucional— podían concretarse y así ganar aire. El plan B podría graficarse en una frase atribuida a Sánchez Berzaín: “Con novecientos noventa y nueve muertos quizás no alcance, pero con mil quizás alcance”. El entonces ministro de Defensa le preguntó al Presidente hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Hasta donde llegó Salvador Allende —contestó.

Aunque en nada se parecían —ni los personajes, ni la coyuntura histórica— Sánchez Berzaín se envalentonó ya que interpretó que Goni batallaría hasta el final. Entonces deslizó otra cifra de muertos: “Con dos mil muertos nos quedamos, pero con un costo muy alto”. La familia de Sánchez de Lozada presionaba para que el Presidente no imitara a nadie: con una fortuna calculada en doscientos millones de dólares pesaban otras prioridades.

CAMPAÑA 2005

El jefe de campaña y hermano de Tuto, Luis Fernando Quiroga, creía que un “indio sindical” no podía ganarle a un ingeniero de la Universidad de Texas. Como muchos del círculo de su hermano, se reía de la forma de hablar de Morales.

El equipo cometió el error más grande de la campaña: el llamado spot del textilero. Un trabajador vestido con overol se decía preocupado porque durante una eventual gestión del MAS se perderían miles de empleos. Ese aviso tuvo un notable impacto a favor de Quiroga, ya que expresaba el miedo generalizado que había a la presidencia de un dirigente cocalero.

Todo cambió cuando Walter Chávez supo que el textilero no era textilero, sino un empleado de la casa de campaña de Quiroga con múltiples funciones: mozo, chofer, cadete y lo que hubiese que hacer.

Al inicio de la campaña, dos jóvenes le habían pedido a Chávez que los contrataran para la campaña del MAS.

—¿Y qué saben hacer? —les preguntó.

—Pegar afiches —contestó uno de ellos.

—Pero ésa no es una profesión —cerró el jefe de campaña—: yo les voy a pagar, pero sigan pegando afiches para Tuto. Alguna vez me van a ayudar.

El día después de la salida de esa publicidad, Chávez quedó shockeado: no sabía cómo responder y entendió el impacto que tendría en la campaña. “Ése no es textilero: es el portero y el chofer de la sede de Podemos”, lo alertó uno de los jóvenes. No podía creer su suerte. Primero convenció a Evo para que esperaran a que el spot les hiciera el máximo daño posible y se impu-

siera en la agenda para lanzar el contraspot. Como necesitaban los documentos del falso textilero, hicieron planes para robarlos en la policía, pero finalmente los consiguieron por otra vía.

El contraspot enfatizaba todas las mentiras —como la identidad y profesión del protagonista— y consiguió que tuviera mayor repercusión que el aviso original. Quiroga había engañado a los bolivianos.

Además, el contraspot desmoralizó a su equipo de campaña, que empezó a buscar infiltrados. Las sospechas recayeron, equivocadamente, en Hernán Terrazas, el viejo compañero de Chávez en el Hoy.

El equipo tomó otra decisión: que el textilero se afeitara el bigote y fuera trasladado a la oficina de campaña de Santa Cruz, donde vivió oculto. Cuando los visitantes tocaban la puerta escuchaban los pasos presurosos de quien entraba en la clandestinidad de su habitación.

Duda Mendonça, el publicista brasileño, también llegó clandestino a Santa Cruz de la Sierra. En agosto de ese año Duda había admitido que por la campaña de Lula de 2002, el Partido de los Trabajadores (PT) había pagado sus honorarios con dinero no declarado. Si su presencia se hacía visible, podía perjudicar a Quiroga. Duda llegó con la idea de cobrarle dos millones de dólares a Podemos, pero al final sólo recibió doscientos mil.

El equipo de Tuto, sobre todo su hermano, se fascinó con las tormentas de ideas en portuñol. Mendonça imaginó usar el “Progreso y paz”, una idea positivista que evocaba el Orden y Progreso de la bandera brasileña. La propia bandera de Podemos no contribuía: era una estrella roja de cinco puntas, como había sido la del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en la Argentina. Mendonça también sugirió enfatizar la autoridad del candidato, pero en portuñol: “Autoridad, Tuto tiene”.

—Éste es el gobierno de los solteros —me dijo—. Cada vez que vuelvo de un viaje tengo miedo de que Álvaro (**García Linera, el vicepresidente**) haya hecho un decreto imponiendo una primera dama.

—*Cuando te conocí (en 1995) planeabas casarte. ¿Qué pasó?*

—Sí, claro. Fue la única vez que estuve cerca de casarme. Pero el compañero David (Choquehuanca, su canciller) me convenció de que no lo hiciera. No me casé y ya no creo que me case. Además, yo estoy casado con Bolivia. Alguna vez me dije: tanta gente me quiere, pero no me quiere una mujer. Y eso pasaba en la década del noventa. Yo proponía matrimonio y me decían: “No, te van a matar, te van meter en la cárcel”.

—*¿Quién te dijo eso?*

—Algunas compañeras de la clase media, de la clase profesional. Y nuestras compañeras también me decían: “Yo me quiero casar, pero para estar todo el tiempo contigo”. Y es difícil. Imagínate salir a las cinco de la mañana y la dejas ahí, botada en la cama.

El vocero le pasó el hilo dental. Evo cortó un pedazo y lo hizo circular. Nos sacamos de entre los dientes los restos de animales, menos el vice que había traído cepillo.

—Álvaro —le pregunté—, ¿no es peligroso que vuelas con el Presidente?

—Si nos quieren matar, nos matarán pues.

TROPICOLA

Morales compara esta visita del 1º de diciembre de 2006 con su primer viaje a La Habana, en 1992, donde participó en un congreso. Para él, La Habana sabe a tropicola y agua de pileta. Esos líquidos lo mantuvieron de pie cuando acabó aquel evento.

Ignoto dirigente coccalero, llegó a la isla con un pasaje de ida, un dólar, la promesa de que le pagarían el regreso y un deseo excluyente: conocer a Castro. Lo vio por primera vez en el Palacio de Convenciones. Supo que quería hablar con esa entonación y encadenar oraciones durante horas. Pretendió saludarlo pero no tuvo suerte. Se inscribió en la lista de oradores, esperó dos días para hablar tres minutos, pero en el momento de la verdad se le nublaron las ideas y pronunció un discurso confuso y errático. No se recuperaba de la desazón cuando irrumpieron los problemas prácticos: no había plata para su vuelta. Hasta que le consiguieron un asiento en un vuelo a Perú, sobrevivió con tropicola y agua de piscina. En Lima cambió el dólar por soles para hablar con Juan Rojas, un dirigente campesino peruano, que le prestó cien dólares para que siguiera viaje a Bolivia: tardó un día y medio en llegar a un encuentro campesino porque las lluvias empantanaron los caminos.

Desde aquella visita de 1992 hasta este encuentro, Evo pudo edificar una relación casi de hijo y padre. El azar lo ayudaba: el presidente de Bolivia nació en 1959, el mismo año de la Revolución Cubana.

El principal consejo que le dio Fidel —o el que Morales recuerda como el más importante— fue en La Habana, en 2003: “No hagan lo que nosotros hemos hecho: hagan una revolución democrática. Estamos en otros tiempos y los pueblos quieren transformaciones profundas sin guerras”. Estaban reunidos en su despacho, rodeados por los bustos de José Martí y Abraham Lincoln, un óleo de Camilo Cienfuegos y una foto autografiada de Ernest Hemingway.

Evo, que había coqueteado con la idea de la lucha armada, hizo esas palabras casi propias: la revolución sería con los votos o no sería.

—Si un día soy presidente y Estados Unidos nos bloquea económicamente, ¿qué debo hacer? —le preguntó a Castro en 2004.

—No tienes por qué tener miedo. Bolivia no es una isla como Cuba. Tiene países amigos y riquezas naturales que debe recuperar y saber administrar. Están Lula, Kirchner, Chávez, Cuba. Nosotros no teníamos nada de eso, y al final ni siquiera a la Unión Soviética.

En abril de 2005, Evo viajó a La Habana para operarse la rodilla. En el posoperatorio los cubanos le exigieron que descansara por los años de exigencia que llevaba. Como Chávez visitó La Habana el 29 de abril, Fidel pidió que aparecieran los tres en una foto “del Eje del mal”.

—Cuando lo escuché —recordaría Morales— me olvidé de recoger las muletas y caminé: los médicos quedaron sorprendidos. Pareció la orden bíblica: “Evo, levántate y anda”.

El fin de semana previo al decreto de nacionalización de los hidrocarburos del 1º de mayo de 2006, el presidente boliviano se reunió con ellos en La Habana, en una cumbre de la Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe (ALBA). A Chávez no le anticipó la nacionalización, pero a Castro sí. “A él no podía ocultárselo”, explicó.

—¿Por qué no la haces después del inicio de la Constituyente? —le preguntó Fidel a modo de sugerencia.

Morales tomó su propia decisión y la hizo antes.

En la noche del 6 de agosto de 2002 Morales conoció a Hugo Chávez. Chávez le habló de la Biblia. Y después le dijo:

—Paciencia, Evo. La revolución lleva tiempo, tienes que tener paciencia.

En ese preciso instante, el nuevo gobierno de Bolivia estuvo a punto de caer. Cuando faltaban treinta minutos para la jura del Gabinete, Sánchez Berzaín recibió un fax con los nombres de los siete ministros del MIR que Paz Zamora exigía que fueran designados. Goni no conocía a varios de ellos y se encolerizó:

—Yo renuncio. Ésta es una humillación que no voy a tolerar, carajo. Si acepto esta lista, me voy a la mierda.

Mesa intentó calmarlo.

—¿Vas a salir al balcón a decir que renunciaste? —le preguntó.

—Que me llame ese hijo de puta porque renuncio —contestó Goni.

EL PRESIDENTE

Después de un “¿cómo estás?” monologó durante un rato

largo casi sin interrupciones. Como en los discursos públicos, los temas se entremezclan según vínculos firmes, a veces imperceptibles para sus oyentes. Se veía más ejecutivo, más hacedor y más preocupado por la gestión que el Morales de 2006.

—Condonaron la mitad de las deudas. Y yo pensaba que después de la condonación no sería posible pedir crédito. Antes estaba en contra de los créditos porque creía que había que usar la plata que uno tenía y ya... Los ministros tenían sueldos de tres mil dólares y sobresueldos de [otros] tres mil dólares. Yo quería ganar cinco mil pesos (625 dólares), que es lo que necesito para la pensión de mis hijos, pero me dijeron que si pedía eso todos los ministros debían ganar menos que yo... Como dirigente sindical necesitaba para caminar y comer: acá es lo mismo y como me pagan la movilidad y la comida no necesito más... Yo acabo de entender lo del déficit fiscal y lo del superávit: antes de ser presidente no sabía... De 1970 en adelante el Estado siempre tuvo déficit fiscal. Y nosotros no fuimos a Estados Unidos a pedir dinero para pagar los aguinaldos, hemos pagado antes... Las reservas estaban en mil setecientos millones y ahora están en tres mil quinientos millones. El peso boliviano se revalorizó frente al dólar...

Empezamos con una deuda de cinco mil millones de dólares: cada boliviano debía unos quinientos dólares y ahora, menos de doscientos... Tampoco podemos cambiar el modelo de quinientos años, de veinte años, en un año y medio de gobierno... Quiero que haya voto a partir de los dieciséis años... En el campo, el niño trabaja desde que anda: a los seis o siete años, ya espanta a los pájaros para que no se coman la quinua. Eso hice yo... Los ministros deberían pasar horas escuchando a los cocaleros... Hay un problema campesino que es el paso del campo a la ciudad. Hasta que no se resuelva ese problema no se resolverá el problema de Bolivia... Mira, yo nunca pensé en ser alcalde y ahora soy presidente.

Esa tarde, hablaba como alcalde y como Presidente. Su primer año de gestión cerró con una paradoja: muy buenos números económicos (bajaron la pobreza, la desocupación, por primera vez en treinta años no hubo déficit fiscal —pero sí superávit— y la deuda externa se redujo a la mitad) y dificultades políticas por conflictos regionales y con distintos sectores. Ese Evo de abril de 2007 ya había incorporado a su retórica radical las preocupaciones del gestor. El Palacio, en el que siempre temió quedar encerrado, preso de protocolos ajenos, había empezado a

moldearlo.

El Presidente seguía obsesionado por observar cada detalle. Esa tarde llamó al alcalde de La Paz para que arreglara unos focos de la Plaza Murillo y al de Cochabamba le indicó que llevarían el cemento para construir una calle en su ciudad.

GRINGOLANDIA

A las 13.58 del domingo 23 de septiembre de 2007, el servicio secreto de los Estados Unidos informó al embajador boliviano ante la Casa Blanca que no había detectado francotiradores que pudieran atentar contra la vida de Evo Morales.

—We are clean—dijo uno de ellos.

El significado literal es estamos limpios; el figurado, todo está bajo control.

Cada presidente que asiste a la inauguración anual de la

Asamblea General de Naciones Unidas dispone de una custodia provista por el gobierno estadounidense, que puede rechazar.

Pocos minutos después, el Presidente tenía programado jugar un partido de fútbol en Nueva York, en un predio abierto al río, al sureste de la isla de Manhattan. Lo que aumentaba, para los miembros del servicio secreto, los riesgos de un magnicidio. Esa hipótesis no inquietaba a la delegación visitante, más preocupada por la edad y las condiciones físicas de sus rivales: una selección formada por inmigrantes bolivianos en los Estados Unidos.

Camino al predio se encendió una nueva alarma entre los agentes. Si Morales se cambiaba en los vestuarios, pasaría demasiados minutos en un lugar sin salida de emergencia. Cuando le sugirieron al embajador Gustavo Guzmán que no lo hiciera, el Presidente contestó:

—Oye, ¿pero quieren saber todo?

Cinco minutos después, el secret service experimentó en vivo la primera crisis. Cuando la delegación llegó a la cancha, unos dos mil bolivianos se abalanzaron sobre su Presidente para tocarlo, pedirle una foto o hablarle. Los diez grandotes trataban de detenerlos, sin éxito manifiesto.

—Esto es una turba. Aquí no hacemos las cosas así —dijo uno de ellos.

El servicio secreto pasaría los siguientes cuatro días de la visita de Morales a Nueva York haciendo cosas que no suelen hacerse allí.

Su llegada a la ciudad parecía poco auspiciosa. El Boeing venezolano que lo trajo recibió orden de evitar el aeropuerto neoyorquino John F. Kennedy y desviarse al de Newark, en Nueva Jersey. Como no figuraba previamente en la lista de aterrizajes, la delegación tuvo que esperar tres horas hasta poder bajar del avión. Según el Departamento de Estado, el desvío fue un malentendido. Los pilotos venezolanos explicaron que en la escala previa de Santo Domingo mandaron dos planes de vuelo pero desde Kennedy decidieron el cambio de aeropuerto. Morales se convenció de que se trataba del maltrato que, según cree, el gobierno estadounidense le prodiga cada vez que puede. Ese incidente, en apariencia mínimo, contribuyó a su modo en la mayor escalada de conflicto con Washington desde que asumió el gobierno.

La demora hizo que la delegación, el triple del número habitual y con siete custodios en lugar de uno como suele tener, pasara por el hotel sólo a dejar sus valijas y saliera rauda a jugar el partido.

“Evo, si tú hubieras gobernado hace veinticinco años nosotros no estaríamos aquí”, decía la pancarta más grande que esperaba en el predio. Desde las gradas desde donde dio el primer discurso, vio los puentes, las siluetas de Queens y Brooklyn, un

helicóptero que rastreaba francotiradores y también a unos jóvenes que bailaban un tinku como una experiencia casi atlética.

En el vestuario, le indicó a Hernán, su asistente, que me diera una camiseta para que debutara en su selección. Sólo quedaba una remera número diez como la del Presidente, la única con la palabra Evo en su espalda. Él se preocupó por mis medias:

—Jefe, son las de Abimael Guzmán, pareces Abimael Guzmán. Y estamos en Gringolandia. ¿No tienes otras?

Las rayas color blanco y negro de las medias le recordaban la imagen del líder de Sendero Luminoso, vestido con un traje de presidiario dentro de la jaula en la que se lo juzgó y condenó.

CLINTON

Evo visitó los Estados Unidos por primera vez en septiembre de 2006 con motivo de la inauguración de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Hasta entonces figuraba en una lista de terroristas que no podían entrar al país.

Presidentes, ex presidentes, lobbistas, académicos y políticos lo recibieron con extrañeza y hasta con cierta admiración. Bill Clinton fue uno de ellos. En la cola para ingresar a un acto de su fundación, se codeaban personalidades como Vicente Fox, Javier Solana, Bill Gates o Madeleine Allbright. Clinton se detuvo en Morales:

—Presidente, me honra con su presencia —agradeció ante la sorpresa de los que miraban.

Al rato tendrían una reunión en un penthouse del hotel Sheraton. Al ex presidente lo acompañaban tres asesores y un empresario amigo.

—Usted no es Chávez. Si tiene petróleo, puede ser un bocón. Es imprescindible para la democracia de Bolivia que a usted le vaya bien. Si a usted le va bien quiere decir que hay democracia —le dijo después de haberle prodigado el “tratamiento Clinton”, que consiste en tocar al otro más de lo que se acostumbra.

Morales le habló de los quinientos años de dominación colonial y ese tema no pareció interesarle tanto al ex presidente. Mientras tomaba un café negro, Clinton se refirió a la administración republicana:

—No importa los problemas que ha tenido con este gobierno. Los que yo tuve han sido peores.

Cerró con un gesto final:

—Si yo fuera un minero boliviano, habría votado por usted.

Al salir, le dijo a un asesor: “Escucha, quiero ayudar a este tipo. No estoy diciendo pavadas”. A otro lo sorprendió: “¿Es este tipo real?”.

Además de a Clinton, Evo había sorprendido a sus custodios. En una primera reunión con indígenas pidió que cada uno se presentara. “Soy Evo Morales, un aymara del ayllu...” Hasta que la ronda llegó a un pelirrojo alto y el Presidente le indicó, con un gesto, que él también lo hiciera: “Soy John, del servicio secreto”.

JEFAZO

Después de la cena, Evo subió a su cuarto para dormir. En el camino, dijo que teníamos que hablar.

—¿Cómo se llamará tu libro?

—*Jefazo*.

—¿*Jefazo*? (riéndose). No, pero tiene que ser *Subjefazo*.

PERFIL DE PRESIDENTE

En sus dos años como Presidente, Evo se apoyó sobre la construcción de identidades antitéticas. Cada una contiene a su opuesto: fue nacionalista y antiimperialista; popular y plebeyo contra las elites y las oligarquías; indio desafiante del colonialismo interno y externo; antineoliberal, pero cuidó de llamarse socialista.

En el Palacio Quemado, esas identidades conviven con su gimnasia sindical de dar y pedir. Así fue toda la vida. Contra la erradicación de la coca, y en los bloqueos de caminos. (...)

Es una máquina de asimilar y procesar información e ideas.

Cree mucho en lo que sueña, pero más todavía en su olfato político y en sus intuiciones. Como cuando dijo, sin motivo aparente, que no quería asistir a un acto en la Universidad René Moreno de Santa Cruz en noviembre de 2006. Al final fue e intentaron agredirlo y hubo gases lacrimógenos. Se enojó con los ministros que apadrinaron el viaje. Pide que no contradigan sus intuiciones.

Prácticamente carece de vida más allá de la política. No la tuvo como dirigente sindical. Menos como presidente. (...)

A las pocas personas que entran en la intimidad de alguno de sus cuartos le gusta mostrarles las fotos del hombre público. La historia de su vida —la que él relata— es una sucesión de retratos; conserva pocos videos y audios. Puede acordarse de las fotos de una marcha de fines de los años ochenta y reparar en la ausencia del edecán en las imágenes de una reunión bilateral. Ese registro le da un enorme poder sobre los otros: les puede enrostrar hechos del pasado que ni ellos recuerden por intrascendentes o inoportunos.

Cree que la confianza es un valor supremo: divide al mundo entre las personas en las que confía y las que no. (...) La desconfianza se explica por su historia y porque algunos dirigentes que él respetó se vendieron. Desconfía de cada detalle. Si un dirigente promete llevar a un acto dos camiones con personas —como ha sucedido— y no cumple, tendrá problemas. El presidente se acordará e incluso buscará a esos manifestantes en la multitud. En su cabeza, retiene el retrato de las organizaciones sociales y el de sus integrantes. (...)

Los ministros dóciles se sienten obligados a ejecutar ideas de Morales que no siempre comparten. Algunas iniciativas, en cambio, no siguen su curso porque no pueden ejecutarlas. En realidad, se inician muchas medidas, pero no todas se consolidan. El Presidente se enoja con los funcionarios cuando los ve despolitizados, haraganes y poco comprometidos. (...) Escucha a los técnicos como un niño ávido por aprender, pero inmediatamente puede convertirse en un discutidor, como ocurrió con un grupo de asesores españoles que le expuso en power point un sistema electoral para elegir la Constituyente. Agarró un marcador y planteó lo opuesto.

Tiene una desconfianza histórica con la clase media: siempre la vio cambiante y veleidosa. Sostiene que la ha incluido en su proyecto, que la ha beneficiado con sus medidas y que le ha dado la mitad del Gabinete. En el primer año y medio el gobierno no mostró una estrategia consistente para procurar su adhesión.

Es consciente de algunas de sus dificultades. A las organizaciones sociales a veces les falta visión histórica. Le falta anclaje político en el Oriente del país. Teme que el impulso transformador se vaya perdiendo o desgastando y que el gobierno termine como administrador de lo existente.

Gobierna, por momentos, rodeado de una inorganicidad asombrosa. El MAS se niega a tener bienes u otra estructura que vaya más allá de la multiplicidad de sindicatos que lo componen.

No goza de la más mínima comodidad. Morales alienta el despojo y se rodea de ese tipo de personas: pobres o clasemedios sin ambiciones materiales.

La precariedad es material, aparece en la burocracia estatal, en la preparación de sus funcionarios, en el caos de la organización y en la debilidad institucional del país. La fortaleza, en la ruptura con el pasado y en las transformaciones ambiciosas que se ha propuesto.

Evo es hijo de esa precariedad y, al mismo tiempo, la personificación del cambio.